



# Preludio:

## La pérdida de Hadan's Creek

El pueblo de Hadan's Creek aparecía ante nosotros silencioso y tranquilo mientras nos aproximábamos a él bajo la luz de la luna creciente. Aquel grupito de granjas y establos parecía casi vacío, con los postigos bien cerrados para evitar que el viento entrase y las puertas atrancadas para mantener alejadas a las criaturas de la noche. Aunque el camino hacia la Ciudad pasaba justo por el centro de la minúscula aldea, y estaba señalado todo él de hoyos y rodadas causadas por el paso de tantos carros y jinetes, nadie se paraba allí, y el lugar se hallaba en tan mal estado que provocaba consternación. No había nada que ver, ni siquiera una posada que ofreciese al cansado viajero un lugar confortable en el que descansar y una jarra de ponche con la que calmar la sed. El pueblo parecía muerto, pero Garain lo había elegido a pesar de todo, y nada que yo pudiera decir influiría en él. Caminaba a zancadas, de forma resuelta, sin discusión, hacia el pequeño grupo de casas. Un par de caballos, en un establo cercano, relinchaban nerviosos al vernos pasar, pero nadie acudió a calmarlos.

Me sentí obligado a intentarlo de nuevo. Sabía que no serviría de nada, pero tenía que intentarlo.

—Garain —comencé, bajé la voz para no despertar a los granjeros y a sus esposas. Su mandíbula se cerró firmemente al oír el sonido de mi voz, mientras su pálida piel centelleaba como el mármol pulido bajo la clara luz de la luna. Levanté al aire mis manos para aplacarle, haciendo que mi corona de hojas murmurase; repetí su nombre usando la sosegada y monótona voz que solía utilizar para calmar a las criaturas del bosque que se acercaban a mi arboleda, y casi contra su voluntad, sus pies se detuvieron. Aún así, se negó a girarse hacia mí, o a mirarme a los ojos.

—Lo voy a hacer, Thewlis —dijo simplemente, como siempre, y la belleza de su voz resultó suficiente para que las lágrimas acudiesen a mis ojos. Las gotas, resbalaron por mis mejillas, manchándolas de savia, pero no les presté la menor atención. Garain y yo habíamos sido compañeros inseparables desde los días de nuestra Acogida. Aunque nunca había conseguido acostumbrarme del todo a la voz del Herald de Lágrimas, sí había llegado a aceptarla.

Continué de todos modos, lo cual me llena de sorpresa con tan sólo recordarlo. A nosotros los sauces, no se nos conoce por nuestra obstinación; es éste un rasgo que se adecua mejor a la descripción de los robles, a los árboles perennes. Este hábito va en contra de mi naturaleza. Que continuase adelante a pesar de la resistencia que el primonato me había presentado es testimonio, a mi parecer, de la fuerza de mis sentimientos.

—A Lyselle la engañaron —protesté—. Beptheth le mintió.

—Lyselle se ha ido —prorrumpió Garain bajando la mirada lentamente hasta el bulto que apretaba firmemente entre sus brazos.

—Sí, Garain, lo sé. —Yo caminaba a su lado y le puse una mano en la espalda. Llevaba puesta la armadura que yo le había hecho a partir de mis propias ramas, y se podía aún sentir la magia que había vinculado a aquellos trozos de madera que le envolvían, protegiéndole. —Ella se ha ido, y ningún castigo que se le imponga a Beptheth o a su especie podrá devolvérsela.

—Tampoco lo hará la clemencia. —En su voz moraban la muerte, el invierno, los días más crudos en los que nadie viera brillar el sol. —No puedo levantar mis armas en contra de Beptheth y ese cobarde jamás se enfrentaría a mí. No puedo recurrir a nada más que a esto.”

—Pero la tregua terminará pronto...

—¡Thewlis, no me importa! —Con el lenguaje más simple, Garain era capaz de hacer llorar a las piedras. Ahora, en su furia, la tenue luz de aquella hora bajó aún más y nos dejó a los tres en penumbras. Sus brazos se

estrecharon más firmes alrededor del bulto que cargaba de forma posesiva entre sus brazos, e inmediatamente supe que había ido demasiado lejos. Aun así, no cedí. No me explico por qué lo hice; era obvio que jamás sería capaz de ganar aquella discusión. La única explicación que puedo ofrecer es que temo a los humanos y a lo que podrían hacerle a un nacido de hadas más de lo que temía el templo de mi amigo.

—Esto no es justicia, Garain.

Levantó la vista hacia mí, y se quedó así durante largo rato antes de darme de nuevo la espalda, silencioso y severo. Se dirigió a una granja que se encontraba apartada del camino, como si buscara una cierta intimidad. Un pequeño cuenco de barro lleno de nata fresca estaba colocado sobre sus escalones, pero por lo demás, no parecía muy diferente del resto de viviendas humanas por las que ya habíamos pasado. Le observé y me sentí extrañamente pequeño, escalofriantemente solo. Se me debía notar en la cara, porque Elsabet se arrastró sigilosamente tras de mí y, deslizando entre mis dedos su pequeña mano, agarró la mía. Me la apretó para confortarme; y yo me estremecí por dentro al sentir resquebrajarse mi corteza y quebrarse algunas de mis ramitas, pero aún así, agradecí el apoyo que intentaba ofrecerme. Quería aceptarlo.

Ella levantó los ojos para cruzarlos con los míos; brillaban amarillos en la oscuridad, dándole un aspecto casi feroz que contrastaba con la dulce y tranquilizadora sonrisa que se veía en su cara.

—Todo saldrá bien —murmuró—. Recuerda, yo lo sé.

Elsabet no me dio oportunidad de responder. Sus ojos amarillos posaron su mirada sobre la nata que descansaba en el escalón y unos leves gemidos de placer se escaparon de su garganta, escabulléndose de mí para agacharse frente al cuenco, cogiéndolo en sus manos y bebiendo ávidamente. Garain miró su menuda figura de pie junto al escalón; ella le ofreció el cuenco pero él ignoró el gesto. Para mérito de ella, debemos decir, que no se lo tomó de forma personal; una vez más, Elsabet había aceptado su destino. De hecho, creo que lo mismo podría haberse dicho de mí.

Garain alargó la mano hacia la puerta y la empujó, pero ésta no cedió. No resultó una sorpresa para nadie; la mayor parte de los mortales tienen tanto miedo de la oscuridad que incluso puedo imaginármelos durmiendo con las mantas cubriéndoles la cabeza para protegerse de

lo que pudiese estar acechándoles desde el exterior. Su mandíbula se cerró más firmemente, dirigiendo su mirada hacia Elsabet. Ella sonrió, y un hilillo de nata se escurrió entre sus dientes; después acarició la puerta como si hiciera cosquillas a un gato. Desde dentro, oímos la tranca de madera moverse, y la puerta se abrió sigilosamente.

Garain dudó un segundo, tal vez por mera reticencia a llevar a cabo esta tarea, o simplemente por la repugnancia que sentía por lo que estaba a punto de hacer. Ninguno de nosotros había pasado demasiado tiempo cerca de los mortales; siempre habíamos permanecido embozados en las Nieblas, siempre que nos fue posible, al menos. Ahora estábamos a punto de entrar en la casa de una familia humana, y los humanos son, y siempre han sido, insignificantes criaturas sucias y lloronas. Pero Elsabet recordaba bien el tiempo que pasó viviendo en un pueblo mortal y se escabulló a través de la puerta volviéndose hacia nosotros con sus ojos llameando en la oscuridad. Garain la siguió, y tras un segundo de reflexión, en el que traté de pensar alguna razón para darme la vuelta, también yo lo hice.

Pasamos por delante de los mortales casi sin mirarlos. La hembra estaba inquieta mientras dormía, y alargó la mano hacia la cuna de madera que descansaba junto a su jergón. Bajé la mirada para ver al niño humano que dormía serenamente en ella, y tuve que luchar contra la ola de profundo asco que me envolvió.

—No podemos hacer esto —siseé entre dientes—. No podéis dejarla aquí. Esta niña es uno de los nuestros, y no debería pagar por lo que ha hecho su padre.

—Es el único modo —replicó Garain. Bajó la mirada hasta la cara de la pequeña hija de su enemigo, que mecía en sus brazos—. No puedo quedármela y no la devolveré. Elsabet, si eres tan amable... —Hizo un gesto en dirección a la cuna, al humano que en ella estaba.

Elsabet se arrodilló rápidamente y arrancó al niño de su moisés. Al bebé se le escapó un quejido apagado justo antes de que la amarilla mirada del hada se cruzase con la del pequeño y llevase a cabo la transfiguración. La mujer mortal seguía revolviéndose, capaz de oír el gemido de su hijo aunque no nuestra conversación. La changeling retiró la manta de lana que envolvía al bebé y la cambió por un ropaje mucho más fino cosido por ella misma con hilos de seda, y que yo había traído conmigo a pesar de mi buen juicio. Garain envolvió a la hija de su enemigo en la áspera manta y la colocó en la cuna, dándose

inmediatamente la vuelta. Elsabet ya se disponía a marcharse con el bebé mortal en sus brazos y Garain la siguió de cerca y lo más rápido que pudo, claramente deseoso de dejar aquel lugar, pero yo no quería irme, quería quedarme, cuidar a la hija de Beptheth, asegurarme de que ningún daño le acontecería en manos de criaturas tan ignorantes y sucias. Beptheth era enemigo de Garain, y por tanto mío, pero su hija era un hada, y demasiado joven para verse envuelta en la guerra entre las Cortes. Deseé cogerla en mis brazos, criarla yo mismo, pero ¿qué podía saber yo del cuidado de los bebés? ¿Podría enseñar a la pequeña, incluso siendo una primonata, a beber del sol para alimentarse? ¿Podría mostrarle el regocijo de absorber agua a través de raíces?

No podía, y lo sabía, y odié el pundonor que me llevó a alejarme de la cuna y seguir a los otros. No deseaba, en aquel momento, nada más que haber sido Bautizado en la Corte del Invierno, y como sería natural en ese caso, que el honor no hubiese significado nada para mí, y por lo tanto haber sido capaz de matar al bebé antes de dejarlo allí. Sin embargo, sabía muy bien que el Pueblo del Invierno jamás me hubiera aceptado. Los sauces lloramos, después de todo.

Cuando hube abandonado la granja y salido al camino, vi cómo Elsabet danzaba a un lado y otro de la sucia vereda con el aturdido bebé agarrado contra el pecho, y mis labios dibujaron una leve sonrisa muy a mi pesar. Hacía mucho que ella deseaba un niño al que criar, pero rechazaba la idea de aparearse con un hombre mortal, aún incluso habiendo sido ella misma criada por uno. Se paró frente a mí, jadeando y riéndose.

—Tenemos que ponerle nombre, ¿verdad, Thewlis? —preguntó.

Asentí, pero no hice ninguna sugerencia.

Elsabet se dirigió a Garain. —Señor —preguntó respetuosa—, ¿qué nombre debería darle a la niña?

—No me importa —replicó bruscamente—. El bebé es tuyo, y se hará con él tu voluntad. Yo le Bautizaré cuando llegue el momento, según prometí, pero por lo demás no deseo tener contacto alguno con él. —Se giró y se dirigió camino abajo hacia nuestros dominios, sin la más mínima mirada atrás.

—La llamaré Priscilla, entonces. Siempre me ha parecido un nombre precioso. ¿No estás de acuerdo, Thewlis?

Sonreía con un placer tan evidente que yo no pude hacer más que estar de acuerdo con ella. Enfadado y frustrado como me encontraba, no me sentía capaz de arruinar su momento de placer, así que simplemente me quedé junto a ella mientras parloteaba excitada. Aún así, mantuve mis ojos clavados en la espalda de Garain, preguntándome cuántas lágrimas habría derramado el propio Herald de Lágrimas sumido en la amargura por su amor muerto, y en el odio hacia su enemigo.

Garain y yo no hablamos al volver a la fortaleza.

Le busqué, con la esperanza de poder encontrar las palabras correctas que le hiciesen cambiar de opinión, pero él me evitaba. Finalmente, le arrinconé una tarde mientras estaba sentado junto al fuego en sus aposentos, con los dedos estirados mientras miraba fijamente a las llamas.

—Tenemos que hablar —dije de manera inexpresiva.

Él asintió.

—Tú no entiendes por qué hice esa elección —aventuré. Traté de aguantar las lágrimas, pero no pude. Él, muy amablemente, ni siquiera lo mencionó. Me senté frente a él, tan lejos de las llamas como pude, siempre cauto para no chamuscarme las hojas.

—No, no lo entiendo. —Él no respondió—. Entiendo el odio que sentís por Beptheth. Entiendo lo que os hizo, y lo que le hizo a Lyselle. Comprendo por qué tuvisteis que buscar otros medios para satisfacer vuestra venganza, pero hacerlo a costa de un bebé...

—La venganza es a costa del padre, no de la hija. —Yo parpadeé.

—No lo entiendo.

—No —dijo él gentilmente—. Por su supuesto que no. Deja que te explique, viejo amigo. La Tregua del Juramento terminará pronto; no es un secreto para nadie. Y resulta ingenuo esperar que semejante evento pase sin provocar conflictos. Capto el olor de la batalla en el viento, y temo que nos barran a nosotros en ella.

—Todo esto ya lo sé —repliqué impaciente, secándome las lágrimas de las mejillas y tratando de librarme del hechizo de su voz—. ¿Pero qué tiene eso que ver con la hija de Beptheth?

—La reclamaré cuando sea lo suficientemente mayor como para comprenderlo y luchar. Elsabet entrenará a Priscilla desde la cuna misma. Cuando la Tregua del Juramento caiga, tendremos dos changelings

más, capaces de caminar entre los humanos tan diestros como cualquier maldito Pariente del Otoño, pero Bautizadas en nuestra Corte. La elección era clara, seguro que ahora lo comprendes.

—Pero...

—Y Bepheth verá a su hija luciendo el estandarte de la Primavera —dijo con dureza—. Nuestra bandera.

Asentí, lentamente. Todo aquello de tener dos changelings más no era más que una excusa de Garain, un modo de evitar decir la verdad: que lo único que realmente importaba era ver la cara de Bepheth cuando se encontrase con su hija primogénita no sólo convertida en un changeling sino bajo el mando de Garain. Traté de imaginarme cómo me sentiría yo en esa situación, pero el sauce no se toma la revancha contra los animales que se comen sus hojas o contra los pájaros que construyen sus nidos en sus ramas. Pensé con mucho cuidado lo que podría decirle a Garain para tratar de conseguir que se sintiera mejor por lo que había hecho, para ayudarlo a aceptar su decisión.

—¿Puedo al menos velar por la niña? ¿Me dais vuestro permiso para vigilarla y mantenerla a salvo hasta que la reclaméis? Permitidme esto al menos, de otro modo la dejaremos sola con esos... —mi voz se fue apagando, no deseaba ni tan siquiera pronunciarlo. Decirlo lo convertiría en realidad.

De mala gana, asintió, y yo abandoné la estancia antes de que pudiese cambiar de opinión. La visité aquella noche, y la noche siguiente. Después, para vergüenza mía, quedé absorto en cierto trabajo que estaba realizando en mi arboleda y con los asuntos de la fortaleza, y no volví a verla hasta pasado algún tiempo.

Cuando finalmente volví, ya andaba. Los cuidadores mortales que Garain había seleccionado la llamaron Bridget, y aquella Bridget resultó ser una muchacha muy curiosa, que siempre se metía en problemas. La observaba desde los bosques; la veía precipitarse en el abrevadero del caballo en el preciso momento en el que la mujer mortal se daba la vuelta, chapoteando en el agua, ensuciándose entera en el polvoriento camino; y me reía. Los humanos son criaturas divertidas.

Entrañables, si he de ser honesto.

Ahora creo que la mujer mortal sospechaba que algo le había ocurrido a su hija, porque constantemente echaba a Bridget miradas de soslayo y nunca la perdía de vista. A menudo la observaba por encima del

hombro mientras trabajaba, y parecía tener alguna corazonada furtiva sobre su actitud como si sintiera que estaba siendo observada. En realidad, no se alejaba mucho de la verdad, porque yo estaba allí casi siempre. Había resuelto no dejar que el tiempo se me escapara una vez más; los humanos crecen muchísimo más rápido que las hadas o los árboles. Así que observé y esperé hasta el día en que fue suficientemente mayor, momento en que podría salir de los bosques y ver cómo en su cara se reflejaba un gesto que significaría que me reconocía al verme, como estaba seguro que ocurriría. Seguramente, Garain desearía ser el primero que se aproximase a ella cuando el momento llegase. Lo sabía perfectamente; su honor no merecía otra cosa. Pero no podía evitar imaginarme cómo sería si fuera yo quien pudiese hacerlo. Qué delicioso sería tomarla de la mano y restituir en ella todo lo que había perdido.

Lo admito ahora. Estaba obsesionado. Entraba sigilosamente en la habitación en la que dormía para verla respirar. Incluso llegué a aceptar al hombre y a la mujer mortales que la criaban segura y feliz, aunque, a pesar de todo, no me importaban demasiado los humanos. Bridget era el centro de mi mundo, y todo lo que tenía que hacer era verla crecer hasta convertirse en una mujer. No deseaba más que decirle la verdad — que no era humana, sino mucho más.

Y entonces llegaron ellos y lo arruinaron todo. Los curas con sus estolas, escudriñándolo todo desde sus carruajes y reclamando los campos vacíos para su iglesia. Los mortales no eran más que ganado; no podrían hacer nada contra los deseos de aquéllos hombres. No pelearían por defender las antiguas costumbres, y aunque lo hicieran, este enemigo les sobrepasaba. Así que llevé mi caso ante Garain, y su ira igualó tan sólo a la mía. Abandonamos la fortaleza ardiendo de furia, con el resto de los feéricos detrás, decididos a aplastar a los intrusos antes de que acabasen con los pocos juramentos que nos quedaban y alejasen a los humanos de las antiguas costumbres para siempre. Pero, para sorpresa nuestra, los crucifijos que colgaban sobre las puertas de las granjas ardían en nuestras mentes y provocaban que nuestros huesos se retorciesen; y esto no era nada comparado con la agonía de caminar sobre los terrenos que habían consagrado a su iglesia. Aullábamos y maldecíamos, y tratábamos de superar la agonía, convencidos de que nunca habíamos sido derrotados y que nunca lo seríamos, pero esta vez fue

distinto. Volvimos a nuestro torreón, los constructores siguieron erigiendo su iglesia, y no había nada que nosotros pudiésemos hacer para evitarlo.

Garain y yo decidimos que al menos Bridget no debía tener nada que ver con ese lugar antinatural, con esa retorcida religión. Aunque aún no se había convertido del todo en una mujer, se hallaba muy próxima a ello, y dispusimos que yo la cobijaría y adiestraría hasta que llegara el momento de su Bautizo. Elsabet se ofreció a ayudarme, y sólo pensar en Priscilla y Bridget jugando juntas me llenaba de gozo. Ellas eran como hermanas, después de todo.

Aquella misma noche, Garain y yo volvimos a adentrarnos en el pueblo. Pedimos a Elsabet que nos acompañase, ya que ella, de entre todos los feéricos del lugar, era quien mejor entendía a los humanos y sus costumbres, y podría resultarnos de utilidad si nos encontrábamos con algún imprevisto. La idea de que pudiésemos tener problemas con los humanos, nos resultaba incómoda y extraña, pero ambos estuvimos de acuerdo en que había demasiado en juego como para mostrarnos imprudentes. Se había producido un gran cambio en él desde que aquellos hombres de la iglesia llegaron a Hadan's Creek. Ya no le interesaba oír las historias que le contaba sobre mis frecuentes visitas a Bridget, sobre el tiempo que pasaba observándola chapotear en el río con sus amigos, y sobre cómo me había mirado directamente, aunque me encontraba oculto en las Nieblas. Aquel día me vio. Sé que me vio, y tendría que haber aprovechado para presentarme entonces. Debí habérmela llevado antes de que fuese demasiado tarde. Pero no lo hice. No hice nada.

Confiábamos en que la familia mortal de Bridget, al menos, se mantuviera fiel a las viejas costumbres. A ellos, las mentiras de la Iglesia no les influirían. Se habían aferrado a los juramentos más firmemente que cualquier otra familia en Hadan's Creek. Elsabet confiaba en que cuando iba a su puerta buscando nata fresca, en muchas ocasiones la encontraba. Ellos, de entre todos los demás, sí nos recordaban y mantenían su fe, y resolvimos que los protegeríamos, tanto como pudiéramos. Incluso discutimos trasladarles a otro pueblo, a alguna zona bajo nuestra protección, donde pudiesen evitar a los sacerdotes y seguir adelante en paz.

Cuando llegamos, me entristeció ver que no había nata en los peldaños, pero Elsabet me tranquilizó diciendo que no estaban obligados a ofrecernos ali-

mento todas las noches, y que últimamente sus ofrendas habían sido algo menos frecuentes porque había un nuevo bebé en la casa. Yo ni siquiera me había fijado en que la mujer mortal estuviera encinta, tan absorto estaba observando a Bridget.

Entramos en la casa sin dificultad. En esta ocasión, la puerta no estaba cerrada, y nos colamos sin tener necesidad de invocar nuestros Dominios. Pasamos junto a los mortales, que estaban acostados en sus camas, frente a la cuna que una vez había cobijado tanto a Priscilla como a Bridget, y que ahora tenía en su interior a ese nuevo chiquillo, un niño que murmuraba dormido cuando pasamos junto a él. Finalmente, llegamos hasta la propia Bridget; sana y salva, metida bajo la basta manta de lana de su jergón, resplandecía bajo la luz de la luna (claro testimonio de su herencia feérica, para aquéllos que lo sabían interpretar) aparecía ante nosotros tan bella que me olvidé por entero de mí mismo. Deseaba que me viera antes de que Garain pudiera tan siquiera pronunciar una palabra; me incliné para apoyar una mano sobre su hombro y despertarla, aunque no me correspondía a mí hacerlo.

Tocarla era una agonía. La piel de mi corteza crepitaba y ardía, y todo mi cuerpo temblaba de forma incontrollable. Resultó tan doloroso como si estuviera caminando sobre aquellas malditas tierras de la Iglesia, y sin embargo no era capaz de retirar la mano. Pero bajo el zumbido que me punzaba los oídos, escuché aún otro, un sonido agudo que se volvía cada vez más y más alto. Cuando finalmente retiré la mano, lo comprendí: Bridget estaba gritando.

Sostenía la manta frente a ella como si fuera un escudo, y presentaba un objeto frente a sí que centelleaba como un cuchillo bajo la luz de la luna. Una cruz de plata. El dolor me traspasaba la cabeza, una vez más, mientras ella me chillaba.

—¡Monstruo! —gritaba

Sus cuidadores mortales se levantaban ya de sus camas, murmurando enfadados y atemorizados, y sus gritos resultaban suficientemente altos como para despertar al pueblo entero. Yo no les temía, o eso me dije, pero el mero pensamiento de tener que enfrentarme a los curas, con su agua mágica y sus cánticos, era demasiado para mí. Retrocedí para esconderme en la esquina del cuarto, entre las benditas sombras, y convoqué a las Nieblas para que no pudieran verme.

Garain y Elsabet no se habían quedado. Resultaba demasiado doloroso permanecer en presencia de Bridget, o incluso en el pueblo. Trataron de expulsar cualquier tipo de espíritu impuro que la Iglesia hubiese emplazado entre los vecinos del pueblo; al menos, querían salvar a Bridget, pero no pudieron. Mientras lo intentaban, aparecieron los curas y comenzaron a salpicar la habitación con su agua mágica, que silbaba y humeaba, dejando a Garain y Elsabet sin otra opción que marcharse.

Observé mientras Garain, el Heraldo de Lágrimas, despegaba los labios para hablar, y sentí una repentina ola de esperanza. Ahora, tal vez, estos humanos aprendie-

Mientras me marchaba, aparté las Nieblas que me cubrían durante un solo instante. Di un puñetazo al marco de la puerta, gritando: “¡Recordadnos!”.

Fue todo lo que pude articular en ese momento. Garain hubiera sido capaz de un discurso mejor, y su voz no hubiera sonado a ramas rotas. Pero las palabras no importaban. Desaté el Alba en el momento en que mi mano tocó la madera labrada de la granja, que voló en pedazos, deshecha en un millón de añicos; y los mortales, incluyendo a Bridget, lloraron mientras me observaban aterrorizados.



ran a respetar a las hadas, cuando su voz los dejase rebajados a simples bebés, llorando postrados ante semejante belleza.

Pero tan pronto como tomó aire para hablar, uno de los curas alzó frente a él un pequeño trozo de pan y murmuró algo en una extraña lengua humana. Y la voz de Garain se extinguió en su garganta. Armadas enteras habían caído frente a sus canciones, pero un simple cura mortal con un trocito de pan bendito había conseguido silenciar al Heraldo de Lágrimas.

Elsabet tomó su mano, invocó el Dominio del Crepúsculo, y huyó. No la acuso de maldad alguna por dejarme atrás; ella sabía que yo podía escapar con la misma facilidad. Pero tenía algo que hacer.

Después, volvimos a la torre. No había más que hacer; habíamos perdido definitivamente a Bridget; y mis amigos no quisieron quedarse y ver lo que los curas le harían con su agua, sus cruces y sus cánticos. Garain se encerró en sus aposentos, pero Elsabet me buscó. Yo había hecho de mi arboleda un santuario donde curar mis heridas entre mis sauces; allí volvía a sentirme seguro, y ella lanzaba arrullos sobre mi calcinada mano y la corteza, una vez plateada, que antes la cubría. No pudo hacer mucho por mí, pero fue suficiente sentir su tacto y ver sus ojos amarillos arrugarse en las los extremos mientras me sonreía de forma tranquilizadora.

Le hablé a Garain tiempo después. Había pensado decirle tantas cosas... Quería contarle todo sobre aquella extraña ceremonia de agua que los humanos habían realizado con Bridget y que la había despojado por entero de su herencia. Quería sugerir que esta venganza resultaba mejor incluso que cualquier otra que hubiese conseguido, ya que ahora Bridget no estaba muerta pero sí perdida para siempre. Beptheth podría visitar el pueblo él mismo, si se le decía dónde se encontraba, y ver lo que quedaba de

su hija. Quería decirle a Garain que, después de todo, había ganado; y que además Priscilla aún sería Bautizada en nuestra Corte.

Era dolorosamente consciente de cuán vacío y cruel sonaba todo aquello. Él aún lleva su armadura como antes, y se prepara para la guerra que se nos aproxima, pero no ha vuelto a hablar ni a escribir sobre Bridget o Beptheth, ni tan siquiera sobre Lyselle.

Y ante su silencio, yo ya no tengo razón alguna para llorar.

